

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

ÁREA:	EPAÑOL	DOCENTE:	RICARDO URIEL MUNERA
GRADO:	11	ESTUDIANTE:	
PERIODO:	SEGUNDO PERIODO		
FECHA DE ENTREGA:		VALOR DEL TRABAJO:	30
FECHA DE SUSTENTACIÓN:		VALOR DE LA SUSTENTACIÓN:	70

CONTENIDO	
ESTÁNDAR	INTERPRETA obras literarias de medianas complejidad y reconoce recursos estilísticos
COMPONENTES	producción textual- lectura-literatura
COMPETENCIA	interpreta textos literarios considerando su estructura intención y recursos expresivos
DERECHO BÁSICO DE APRENDIZAJE	analiza recursos literarios y efectos en el lector
INDICADOR DE DESEMPEÑO	relaciona fragmentos y analiza su dimensión simbólica
SITUACIÓN PROBLEMA	

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

I LOS TRES REGALOS DEL SEÑOR ARTAGNAN, PADRE El primer lunes de abril de 1625, la aldea de Meung, en donde nació el autor de la Novela de la Rosa, parecía hallarse en una conmoción tan granee como si los hugonotes hubiesen ido a hacer en ella una segunda Rochela. Muchos aldeanos, al ver huir a las mujeres a lo largo de la calle mayor, y al oír gritar a los niños en el umbral de las casas, apresurábanse a ponerse la coraza, y, apoyando su continente un tanto incierto con un mosquete o una partesana, se encaminaban hacia la hostería del Molinero franco, ante la cual se iba reuniendo por instantes un grupo considerable de gente bulliciosa y llena de curiosidad. En aquel tiempo era frecuente el pánico, y raro el día en que una u otra ciudad no hiciera constar en sus archivos algún acontecimiento de esta especie. Había entonces señores que se hacían la guerra: había un rey que se la había declarado a un cardenal, y había un español que hacía la guerra al rey. Además de estas guerras, sordas o públicas, secretas o patentes, todavía existían ladrones, mendigos, hugonotes, lobos y lacayos que hacían la guerra a todo el mundo. Los paisanos se armaban siempre contra los ladrones, contra los lobos, contra los lacayos frecuentemente, contra los señores y los hugonotes; alguna vez, contra el rey; pero nunca contra el cardenal ni el español. En fuerza de esta costumbre, sucedió que, en el citado primer lunes de abril de 1625, como los aldeanos sintiesen bullicio y no viesen la enseña amarilla y roja, ni la librea del duque de Richelieu, se encaminaron hacia la hostería del Molinero Franco. Al llegar allí, cada cual pudo ver y reconocer el motivo de semejante agitación. Un joven... Tracemos su retrato de una plumada: Figúrese el lector a Don Quijote a la edad de 13 años, sin casco ni armadura; a Don Quijote vestido con un jubón de lana, cuyo color, azul en un principio, había ido tomando un tinte indefinible entre heces de vino y azul celeste; cara larga y morena, pómulos salientes, signo de astucia; los músculos maxilares, en extremo desarrollados, indicio infalible por el cual se reconoce al gascón, aun cuando no lleve la gorra del país, y nuestro joven se cubría con una que tenía una especie de pluma por adorno; los ojos, rasgados y penetrantes: la nariz, algo acaballada, pero dibujada con cierta gracia; la estatura, demasiado alta para un joven, y más bien pequeña para un hombre ya formado; todo, en fin, revelaría, a los ojos de un hombre medianamente perspicaz, al hijo de un colono que iba de viaje, a no ser por la larga espada que, pendiente de un tahalí de cuero, azotaba las piernas de su propietario cuando caminaba a pie, y el erizado pelo de su cabalgadura cuando montaba a caballo. Porque nuestro joven tenía una cabalgadura, y esta cabalgadura era también tan notable, que llamaba enseguida la atención: era un penco del Beam, de doce o catorce años, de color amarillento, sin crines en la cola, pero no sin gabarros en las piernas, y que, marchando con la cabeza más baja que las rodillas; lo cual hacía inútil el uso de la gamarra, caminaba todavía sus ocho leguas diarias. Por desgracia, las buenas cualidades de este animal estaban tan ocultas bajo su pelo extraño y su incongruente andar, que en un tiempo en que todos se preciaban de inteligentes en materia de caballos, la aparición de aquel penco en Meung, donde había entrado un cuarto de hora antes por la puerta de Beaugency, produjo una sensación que alcanzó, en parte, a su jinete. Y esta sensación fue tanto más penosa para el joven Artagnan (que así se llamaba el Don Quijote de este otro Rocinante), cuanto que no se le ocultaba, por buen jinete que fuera, el aspecto ridículo que le daba semejante cabalgadura. Así que no pudo menos de exhalar un profundo suspiro al recibir tal regalo de su padre, el señor de Artagnan. Bien sabía que un animal de ese jaez valdría cuando menos veinte libras. Pero lo que no tenía precio eran las palabras con que fue acompañado el regalo. —Hijo mío —le dijo el noble gascón, en aquella jerga peculiar del Bearn, cuyo acento jamás logró perder Enrique IV—, hijo mío, este caballo se ha criado en la casa de tu padre por espacio de trece años, lo cual debe inducirte a quererlo. No lo vendas nunca, déjalo morir honrosa y tranquilamente de vejez; y si haces campaña con él, cuídale cual si se tratase de un antiguo y fiel servidor. Si alguna vez tienes el honor de presentarte en la corte —continuó diciendo el señor de Artagnan—, honor a que por otra parte te hace acreedor la antigüedad de tu nobleza, conserva dignamente el lustre de tu apellido, que ostentaron gloriosamente nuestros antepasados para ti y para los tuyos. Entiende por los tuyos, tus parientes y amigos; de nadie soportes nunca nada, a no ser del rey o del cardenal. Sólo por el valor se labra hoy día un hidalgo su fortuna, ¿entiendes bien? Y un instante de temor puede dejar escapar la ocasión que durante ese preciso instante te ofrecía quizá la fortuna. Eres joven y debes ser valiente por dos razones: la primera, porque eres gascón, y la segunda, porque eres hijo mío. No temas los peligros y busca las aventuras. Yo te he enseñado el manejo de la espada; tienes piernas de hierro y puño de acero; bátete por la menor cosa, tanto más cuanto que el duelo está prohibido y requiere doble valor el arrostrarlo... No tengo, hijo mío, otra cosa que darte sino quince escudos, mi caballo y los consejos que acabas de oír. Tu madre añadirá a eso la receta de cierto bálsamo que le

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

enseñó una gitana y que tiene una virtud milagrosa para curar toda clase de heridas que no penetren en el corazón. Aprovechate, pues, de todo ello y Dios te conceda larga y dichosa vida. Sólo tengo que añadir una palabra, y es para presentarte un ejemplo: no el mío, pues nunca he aparecido por la corte ni he servido en otras guerras que en las de religión en clase de voluntario, sino el del señor de Treville, que fue en otro tiempo vecino mío y que desde niño tuvo la dicha de jugar con nuestro rey Luis XIII, que Dios guarde. A veces, los juegos terminan en riñas, y en estas escaramuzas no era el rey quien salía mejor librado; pero los golpes que recibió del señor de Treville, le hicieron concebir una grande amistad y estimación por él. Más adelante, el señor de Treville se batió con otros, en su primer viaje a París, cinco veces; desde la muerte del último rey hasta la mayoría de edad del actual, sin contar las guerras ni los sitios, siete veces; y desde esa época hasta el día, ¡cien veces, quizá! Pues a pesar de los edictos, ordenanzas y arrestos, ahí le tienes hecho un capitán de mosqueteros, o lo que es igual, jefe de una legión de césares de la que el rey hace gran caso y que el cardenal teme, no obstante, ser un hombre que conoce poco el miedo, como todo el mundo sabe. Además, el señor de Treville gana diez mil escudos anuales, y, por consiguiente, es un gran señor. Sus comienzos fueron como los tuyos; anda a verle con esta carta y rige tu conducta por la suya para hacer lo que él. Dicho esto, el señor de Artagnan ciñó a su hijo su propia espada y, besándole tiernamente en ambas mejillas, le dio su bendición. Al salir de la habitación del padre, encontró el joven a su madre esperándole con la famosa receta, que los consejos que acabamos de transcribir habían de hacer tan necesaria. Esta despedida fue más larga y tierna que la del padre, no porque el señor de Artagnan no amara a su hijo, que era único, sino porque al fin era hombre, y hubiera creído indigno de tal conmovirse demasiado, mientras que la señora de Artagnan era mujer y, además, madre. Lloró, pues, amargamente, y debemos añadir también, en honor del joven Artagnan que a pesar de los esfuerzos que hizo por mantenerse firme, cual correspondía a un futuro mosquetero, la naturaleza venció al fin y derramó abundantes lágrimas, que con gran trabajo logró ocultar a medias. El mismo día se puso en camino el joven, provisto de los tres regalos paternos, que se componían, como ya hemos dicho, de quince escudos, el caballo y la carta para el señor de Treville; ya se comprenderá que los consejos fueron dados de propina. Con semejante vademecum se encontró Artagnan, así en lo moral como en lo físico, hecho un vivo retrato del héroe de Cervantes, a quien le comparamos en un todo cuando nuestro deber de historiadores nos obligó a hacer de él una fiel pintura. Don Quijote tomaba los molinos de viento por gigantes y los rebaños por ejércitos; Artagnan veía en cada sonrisa un insulto, y en cada mirada una provocación. De aquí provino el que, desde Tarbes hasta Meung, llevase siempre el puño cerrado y echara mano a la espada unas diez veces por día. Afortunadamente no tuvo que descargar el puño sobre ninguna quijada, ni llegó nunca a desenvainar la espada. Verdad es que el ridículo aspecto del amarillento rocín no dejaba de excitar algunas risas burlonas en los que encontraba al paso; pero como encima del jamelgo sonaba una espada de más que mediana longitud, y el joven jinete tenía la mirada más feroz que altanera, todos reprimían su hilaridad, o si ésta era superior a su prudencia, tenían buen cuidado de no reír sino por un lado, como las antiguas carátulas. Artagnan siguió, pues, majestuoso e intacto en su sensibilidad hasta la desgraciada aldea de Meung. Pero como se apeara del caballo a la puerta del Molinero Franco, y no viese ni amo, ni mozo, ni palafrenero que se arrimasen a tenerle los estribos, se acercó Artagnan a una ventana medio abierta del piso bajo, que dejaba ver a un caballero de buena presencia, aunque de rostro algo torvo, el cual hablaba con otras dos personas que parecían escucharle con suma deferencia. Artagnan creyó naturalmente, según su costumbre, que hablaban de él, y se puso a escuchar; pero esta vez sólo se equivocó a medias, pues no era de él de quien hablaban, sino de su caballo. El caballero parecía enumerar todas las cualidades de aquél a sus oyentes, y como, según dijimos, los auditores parecían escuchar con gran deferencia al narrador, no cesaban de reír en todo momento. Sabiendo que una semisonrisa bastaba para despertar la irritabilidad del joven Artagnan, puede calcularse el efecto que en él produciría tan ruidosa hilaridad. Artagnan quiso primero percatarse de la fisonomía del impertinente caballero que así se burlaba de él, y fijando sus miradas en aquel personaje, vio un hombre como de cuarenta a cuarenta y cinco años, de ojos negros y penetrantes, de tez pálida, nariz muy acentuada y bigotes negros y perfectamente recortados. Llevaba jubón y calzones morados con agujetas del mismo color, sin otro adorno que las aberturas corrientes, por entre las cuales se descubría la camisa. El jubón y los calzones, aunque nuevos, estaban algo arrugados, como prendas de viaje guardadas mucho tiempo en un portamantas. Artagnan hizo estas observaciones con la rapidez del más minucioso observador, y movido, sin duda, por un instinto que le decía interiormente que aquel desconocido había de ejercer

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

una grande influencia en su porvenir. Como en el momento en que Artagnan clavaba los ojos en el caballero del jubón morado, hacía éste del penco bearnés una de sus más bellas y profundas descripciones, sus dos oyentes prorrumpieron en fuertes risotadas, y el mismo narrador dejó entrever, contra su costumbre, una ligera sonrisa en sus labios. Esta vez no le cupo duda a Artagnan de que había sido insultado realmente. Así que, animado por esta convicción, se caló la gorra hasta los ojos, y procurando imitar alguno de los ademanes cortesanos que había visto en varios señores que viajaron por la Gascuña, se adelantó apoyando una mano en el puño de la espada y la otra en la cadera. Desgraciadamente, a medida que se iba aproximando, le cegaba la cólera cada vez más, y en vez del discurso altanero y digno que había preparado para formular su provocación, no encontró en la punta de su lengua más que una frase grosera que acompañó con un furioso ademán. —¡Eh, caballero! —exclamó—. Caballero, que os ocultáis detrás de esa ventana, decidme el motivo de vuestra risa y reiremos todos. El caballero paseó con la mayor calma los ojos desde la cabalgadura al jinete, como si necesitase cierto tiempo para comprender que era a él a quien se dirigían tan extrañas palabras. Y cuando ya no le pudo quedar duda alguna, frunció ligeramente el ceño y, tras una pausa bastante larga, respondió a Artagnan con un acento de ironía y de insolencia imposible de describir: —No hablo con vos, caballero. —Pero yo sí hablo con vos —repuso el joven, exasperado por aquella mezcla de insolencia y de buenos modales, de cortesía y de desdén. El desconocido se le quedó mirando un momento con ligera sonrisa; después, retirándose de la ventana, salió pausadamente de la hostería, y situóse a dos pasos de Artagnan, frente al caballo. Su aire tranquilo y su burlona fisonomía habían aumentado la jovialidad de aquellos con quienes antes hablaba y que permanecían en la ventana. Artagnan al verle acercarse, desenvainó un palmo de espada. —Este caballo es, decididamente, o mejor dicho, fue en su juventud un capullo de oro —continuó el desconocido reanudando las observaciones interrumpidas y dirigiéndose a sus oyentes de la ventana, sin parecer advertir la exasperación de Artagnan, el cual, no obstante, se erguía entre él y ellos—. Tiene un color muy conocido en botánica, pero, hasta ahora, muy raro en los caballos. —Algunos que se ríen del caballo no osarían hacerlo de su dueño —repuso, enfurecido, el émulo de Treville. —No suelo reírme con frecuencia, caballero —contestó el desconocido —, como podéis advertir por el aspecto de mi rostro; pero estoy resuelto a conservar el privilegio de reírme cuando me acomode. —Y yo —replicó Artagnan— no quiero que nadie se ría cuando a mí me desplace. —¿De veras, señor? —prosiguió el desconocido, más sereno que nunca—. Pues bien, nada más justo —y volviendo la espalda, se dispuso a entrar en la hostería por la puerta principal, ante la cual había visto Artagnan un caballo ensillado. Pero Artagnan no era hombre para dejar marchar de ese modo al que había tenido la insolencia de burlarse de él. Sacó del todo la espada y, corriendo en pos del desconocido, gritó: —¡Volveos, volveos, señor chancero, que no os vaya a herir por la espalda! —¡Herirme a mí! —repuso el otro, girando sobre sus tacones y mirando al joven con tanta sorpresa como desdén—. ¡Vamos, vamos, querido, que estáis loco! —Después, como hablando consigo mismo, añadió—: Es irritante; ¡qué hallazgo para Su Majestad, que busca bravos por todas partes para reclutar sus mosqueteros! No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando Artagnan le dirigió una estocada que, a no haberla evitado de un salto, quizás hubiera bromeado por última vez. El desconocido, viendo que la cosa pasaba de broma, sacó su espada, saludó a su adversario y se puso gravemente en guardia. Pero, en el mismo momento, sus dos oyentes y el hospedero cayeron sobre Artagnan con bastones, palas y tenazas. Esto hizo variar de tal modo el ataque, que el adversario de Artagnan, mientras éste se disponía a hacer frente a aquella granizada de golpes, envainó con la misma precisión y se convirtió en espectador del combate, papel que desempeñó con su habitual impasibilidad, balbuciendo, sin embargo: —¡Peste de gascones! ¡Colocadle sobre su anaranjado caballo y que se largue! —¡No sin arrancarte antes la vida, cobarde! —gritaba Artagnan defendiéndose lo mejor que podía, y sin ceder un paso a sus tres enemigos, que le acosaban a golpes. —¡Otra gasconada! —exclamó un caballero—. ¡Por vida de!... ¡Estos gascones son incorregibles! Continúa, pues, la danza, ya que él lo quiere. Cuando se canse, ya avisará. Pero el desconocido no sabía con qué clase de obstinado se las había, pues el gascón no era hombre que se rindiera tan fácilmente. El combate continuó todavía unos momentos. Por fin, Artagnan, agotado, dejó escapar su espada, que un bastonazo rompió en dos trozos. Otro golpe que recibió en la frente le derribó casi al mismo tiempo, ensangrentado y medio desvanecido. En este instante acudieron gentes de todas partes al lugar de la escena. El hostelero, temiendo el escándalo, se llevó, con ayuda de sus mozos, al herido a la cocina, en donde le suministraron algunos cuidados. En cuanto al caballero, había vuelto a ocupar su sitio en la ventana, mirando, no

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

sin desagrado, a toda aquella multitud, que parecía causarle gran contrariedad al quedarse allí. —¿Cómo va ese loco? —preguntó volviéndose al ruido que hizo la puerta al abrirse, y dirigiéndose al amo de la hostería, que venía a informarse de su salud. —¿Ha salido sano y salvo Vuestra Excelencia? —preguntó el hostelero. —Enteramente sano y salvo, querido; ahora soy yo quien os pregunto, a mi vez, por el estado de nuestro joven. —Sigue mejor —respondió el hostelero—. Se desmayó totalmente. —¿De veras? —repuso el caballero. —Sí, pero antes de desmayarse, reunió todas sus fuerzas para desafiaros, llamándoos. —¡Ese joven debe de ser el diablo en persona! —exclamó el desconocido. —¡Oh, no, no es diablo! —replicó el hostelero con un mohín de desprecio—. Le hemos registrado mientras estaba desvanecido, y no hemos encontrado en su equipaje más que una camisa, y en su bolsa doce escudos, lo cual no le ha impedido decir al desmayarse que si esto hubiese sucedido en París, os arrepentiríais de ello al momento, mientras que aquí os arrepentiréis más tarde. —Entonces —dijo con frialdad el desconocido—, será algún príncipe disfrazado. —Os digo eso, señor —repuso el hostelero—, para que estéis prevenido. —¿Y no ha nombrado a nadie, durante su cólera? —Sí, por cierto, se golpeaba el bolsillo y decía: «Veremos lo que el señor de Treville piensa de esta ofensa hecha a su protegido». —¿El señor de Treville? —dijo el desconocido, prestando atención—. ¡Se golpeaba el bolsillo pronunciando el nombre del señor de Treville!... Veamos, querido hostelero, estoy seguro de que, mientras vuestro joven estaba desmayado, no habréis dejado de mirar también ese bolsillo. ¿Qué había en él? —Una carta dirigida al señor de Treville, capitán de los mosqueteros. —¿De veras? —Como tengo el honor de decíroslo, Excelencia. El hostelero, que no era hombre de mucha perspicacia, no advirtió el efecto que sus palabras habían producido en la fisonomía del desconocido, el cual, apartándose de la ventana, en la que tenía apoyado el codo, frunció las cejas en señal de agitación. —¡Diablo! —exclamó entre dientes—. ¿Habrá enviado Treville contra mí a ese gascón? Muy joven es; pero una estocada no deja de ser una estocada, cualquiera que sea la edad del que la tire, y se desconfía menos de un niño que de otro cualquiera; a veces basta un leve obstáculo para contrariar un gran designio. El desconocido se quedó algunos minutos meditabundo. —Veamos —dijo al hostelero—: ¿no me libraréis de ese loco? No puedo, en conciencia, quitarle la vida, y, sin embargo —añadió con una expresión fríamente amenazadora—, sin embargo, me estorba. ¿Dónde está? —En el cuarto de mi mujer, en el primer piso; le están curando. —¿Tiene con él sus ropas, su saco de viaje? ¿No se ha quitado el jubón? —Todo eso está ahí, en la cocina. Mas, puesto que os estorba ese loco joven... —Sin duda. Produce en vuestra casa un escándalo que no es fácil resistir las gentes honradas. Traedme la cuenta y avisad a mis lacayos. —¡Qué! ¿El señor nos deja ya? —Ya lo sabéis, puesto que os he ordenado ensillar mi caballo. ¿No se me ha obedecido? —Sí, señor. Vuestra Excelencia tiene dispuesto el caballo ante la puerta principal, como habrá podido observar. —Bien; haced, entonces, lo que os he dicho. —¡Hola! —dijo para sí el hostelero—. ¿Tendrá miedo de ese mozo? Pero una imperiosa mirada del desconocido interrumpió sus reflexiones. Saludó humildemente y salió. —Es preciso que milady[1] no repare en ese bribón —prosiguió el forastero—. No debe de tardar en venir; ya se retrasa. Mejor será que monte a caballo y salga a su encuentro... ¡Si pudiera saber el contenido de esa carta dirigida a Treville! Y el desconocido se dirigió, murmurando, hacia la cocina. Entretanto, el hostelero, que no dudaba era la presencia del joven lo que hacía abandonar su establecimiento al desconocido, subió al cuarto de su mujer y vio que Artagnan había recuperado ya el uso de sus sentidos. Dióle entonces a entender que la policía podía habérselas con él por haber trabado contienda con un gran señor (pues, según su parecer, el desconocido no podía menos de ser un alto personaje), y le decidió, no obstante su mucha debilidad, a levantarse y proseguir su camino. Artagnan, medio aturdido, sin jubón y envuelta en trapos la cabeza, se levantó como pudo y, empujado por el amo de la hostería, empezó a bajar los escalones; pero, al llegar a la cocina, lo primero que vio fue a su provocador, que estaba tranquilamente hablando junto al estribo de una pesada carroza tirada por dos hermosos caballos normandos. —¿Que no se le escapará? —replicó el desconocido frunciendo el ceño. Su interlocutora, que asomaba la cabeza por la portezuela, era una mujer como de veinte a veintidós años. Ya hemos dicho con qué rapidez investigaba Artagnan una fisonomía; vio, pues, al primer golpe de vista, que la dama era joven y hermosa. Y tanto más le chocó su género de belleza, cuanto que era enteramente desconocido en los países meridionales, únicos en que Artagnan había vivido hasta entonces. Era una joven rubia y pálida, con largos cabellos rizados que le caían sobre los hombros; ojos azules, grandes y melancólicos; labios de rosa y manos de alabastro. Hablaba animadamente con el desconocido. —De modo que Su Eminencia me ordena... —decía la dama. —Que volváis inmediatamente a Inglaterra, y le aviséis al punto, si el

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

duque saliera de Londres. —¿Y las demás instrucciones? —preguntó la bella viajera. —Aquí las tenéis, encerradas en esta cajita, que no abiréis sino al otro lado de la Mancha. —Está bien. Y vos, ¿qué hacéis? —Yo vuelvo a París. —¿Sin castigar a ese jovenzuelo insolente? —preguntó la dama. En el momento en que el desconocido abría la boca para responder, Artagnan, que lo había oído todo, se adelantó hasta el umbral de la puerta. —¡Ese jovenzuelo insolente es el que castiga a los demás —exclamó —, y espero que esta vez no se le escapará la persona a quien debe castigar! —¿Que no se le escapará? —repitió el desconocido, frunciendo el ceño. —Creo que no os atreveréis a huir en presencia de una dama. —¡Tened presente —exclamó milady, viendo que el caballero llevaba su mano a la espada—, tened presente que la menor dilación puede echarlo todo a perder! — Tenéis razón —repuso el caballero—. Continuad vuestro camino que yo voy también a emprender el mío. Y saludando a la dama con una inclinación de cabeza, montó a caballo, mientras la carroza arrancaba a correr con bastante velocidad. Partieron, pues, a galope los dos interlocutores, alejándose en dirección opuesta. —¡Eh, vuestro gasto! —vociferó el dueño del hostel, cuya deferencia hacia el viajero se había trocado en profundo desdén al ver que se marchaba sin saldar cuentas. —Paga, bergante —dijo el viajero a su lacayo, sin detener el galope. Este arrojó a los pies del hostelero dos o tres monedas de plata y galopó junto a su amo. —¡Ah, cobarde!, ¡ah, miserable!, ¡ah, indigno caballero! —gritó Artagnan, corriendo a su vez en pos del lacayo. Pero el herido se hallaba demasiado débil todavía para soportar semejante fatiga; por lo cual, apenas había dado diez pasos, los oídos empezaron a zumbarle, nublóle la vista una nube roja y le acometió un desmayo que le hizo caer en tierra, gritando: —¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! —Bien cobarde es, en efecto —dijo el hostelero, acercándose a Artagnan y procurando con esta lisonja reconciliarse con el pobre joven, como la garza de la fábula con el caracol. —Sí, bien cobarde —repitió Artagnan con voz apagada—; pero ella, muy hermosa. —¿Quién? —preguntó el hostelero. —Milady —contestó Artagnan desmayándose por segunda vez. —No importa —dijo para sí el hostelero, pierdo dos huéspedes, pero me queda éste, que a buen seguro tendrá que permanecer aquí algunos días. Siempre son once escudos de ganancia. Ya se recordará que eran precisamente once los que quedaban en la bolsa de Artagnan. El hostelero había calculado once días de enfermedad a escudo por día; pero no había contado con el viajero. A las cinco de la mañana siguiente se levantó Artagnan, bajó, por su propio pie a la cocina, y pidiendo, además de otros ingredientes cuya lista no ha llegado hasta nosotros, vino, aceite y romero, compuso, teniendo a la vista la receta de su madre, un bálsamo con el cual, se untó sus numerosas heridas, renovándose por sí mismo las compresas, y sin querer admitir el auxilio de ningún médico. Gracias, sin duda, a la eficacia del bálsamo de Bohemia, y acaso gracias también a la no intervención de ningún doctor, Artagnan pudo tenerse en pie firme aquella misma tarde, y se vio casi enteramente curado al día siguiente. Pero en el momento de pagar el aceite, el vino y el romero (único gasto que él había hecho, pues había guardado una dieta absoluta, mientras que el caballo amarillento, al decir del hostelero había comido triple de lo que podría hacer suponer su alzada), no encontró Artagnan en su faltriquera más que la bolsa de terciopelo algo usado, con sus once escudos; y la carta dirigida al señor de Treville había desaparecido. El joven empezó a buscarla con la mayor calma, volviendo y revolviendo veinte veces sus bolsillos y faltriqueras, registrando escrupulosamente su saco, y abriendo y cerrando su bolsa; pero cuando se convenció de que la carta había desaparecido, le acometió por tercera vez tal acceso de cólera, que estuvo a punto de hacerle consumir otra porción de aceite y vino aromatizados, pues al verle enfurecerse y amenazar con romper todos los muebles del establecimiento si no parecía la carta, el hostelero se había apoderado de un venablo: su mujer, del mango de una escoba, y los criados, de los garrotes que habían servido la antevíspera. —¡Mi carta de recomendación! —exclamaba Artagnan—. ¡Mi carta de recomendación o, voto al diablo, os ensarto a todos como cuentas de rosario! Por desgracia o por fortuna, una circunstancia impedía al joven cumplir su amenaza: su espada, como ya hemos dicho, quedó rota en dos pedazos en su primera lucha, lo cual había olvidado por completo. Por lo tanto, cuando Artagnan quiso desenvainar, se encontró solamente con un pedazo de hoja, de unas ocho o diez pulgadas, que el hostelero había metido cuidadosamente en la vaina. En cuanto al resto de la hoja, se lo había guardado cuidadosamente el amo de la hostería para convertirlo en aguja de mechar. Sin embargo, esta decepción no hubiera detenido probablemente a nuestro fogoso joven, a no haber reflexionado el hostelero que la reclamación que el viajero le hacía era de todo punto justa. —En efecto —dijo, bajando el venablo—. ¿Dónde está esa carta? —Sí, ¿dónde está la carta? —gritó Artagnan—. Por lo pronto, os prevengo que la carta va dirigida al señor de Treville, y si no aparece, a buen seguro que él sabrá encontrarla. Esta

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

amenaza acabó de intimidar al hostelero. Fuera del rey y del cardenal, era el señor de Treville la persona cuyo nombre se repetía quizá con más frecuencia entre los militares y aun entre los paisanos. Verdad es que había también un padre José; pero el nombre de éste no salía de los labios sino en voz muy baja; tal era el terror que inspiraba la Eminencia gris, como llamaban al familiar del cardenal. Así, pues, arrojando lejos de sí el venablo y mandando a que hiciese otro tanto con el palo de la escoda y a sus criados con las estacas, dio él primero el ejemplo poniéndose a buscar la carta. —¿Contenía tal vez esa carta algo de gran interés? —preguntó el hostelero, después de un momento de pesquisas. —¡Por vida del!... ¡Ya lo creo! —exclamó el gascón, que contaba con su carta para presentarse en la corte. Contenía nada menos que mi fortuna. —¿Bonos contra España? —preguntó el hostelero. —Bonos contra la tesorería particular de S. M. —respondió Artagnan, que confiando entrar al servicio del rey por medio de aquella recomendación, creía poder dar, sin faltar a la verdad, esta respuesta algo aventurada. —¡Demonio! —exclamó el hostelero completamente desesperado. —El dinero es lo de menos —siguió diciendo Artagnan, con todo el aplomo nacional—. La carta lo era todo para mí, y hubiera preferido perder mil doblas. A punto estuvo de decir veinte mil, pero cierto pudor juvenil le contuvo. Un rayo de luz iluminó de repente el entendimiento del hostelero, que no pudiendo hallar cosa alguna, se daba a los diablos. —¡Esa carta no se ha perdido! —exclamó. —¡Cómo! —dijo Artagnan. —No: os la han quitado. —¿Quitado? ¿Quién? —El señor de ayer. Ahora recuerdo que bajó a la cocina donde teníais el jubón y se quedó allí solo. Apostaría cualquier cosa a que él os la ha robado. —¿Lo creéis así? —respondió Artagnan, poco convencido, pues sabía mejor que nadie la importancia meramente personal de la carta y no veía en ella cosa alguna que pudiese tentar la codicia de ningún criado ni viajero, que nada ganarían con su posesión. —¿Decís —repuso Artagnan— que vuestras sospechas recaen en ese impertinente caballero? —Estoy seguro de ello —contestó el hostelero—. Cuando le manifesté que Vuestra Señoría era el protegido del señor de Treville y que teníais una carta para persona tan ilustre, se mostró en extremo sorprendido, y preguntándome por esa carta, bajó inmediatamente a la cocina, donde sabía que estaba vuestro jubón. —Entonces él es el ladrón —dijo Artagnan—. Yo daré mi queja al señor de Treville y el señor de Treville se la dará al rey. Sacó después con dignidad dos escudos del bolsillo y dándoselos al hostelero, que le acompañó sombrero en mano hasta la puerta, volvió a montar en su caballo amarillo, que le condujo sin otro accidente hasta la puerta de San Antonio, de París, donde su propietario lo vendió por tres escudos, precio no muy bajo atendido lo mucho que Artagnan lo había fatigado en la última jornada. Por su parte el chalán que adquirió aquella alhaja, mediante la citada suma, no dejó de manifestar al joven que si daba por el caballo una cantidad tan exorbitante era por la originalidad de su color. Artagnan entró, pues, en París a pie, con su saco bajo el brazo y anduvo hasta encontrar una habitación que conviniese a la escasez de sus recursos. Esta habitación era una especie de buhardilla situada en la calle de Fossoyeurs, inmediata al Luxemburgo. Artagnan tomó posesión de su morada y pasó el resto del día en coser a su jubón y calzones unas pasamanerías que su madre había quitado de un jubón casi nuevo de su marido, y que dio al hijo a escondidas. Fuese después al muelle de la Herrería a que le echaran una hoja a su espada, y volvió luego al Louvre, donde se enteró por el primer mosquetero que encontró al paso, de las señas del palacio del señor de Treville, el cual se hallaba situado en la calle del Vieux-Colombier, muy cerca de la habitación alquilada por Artagnan, circunstancia que le pareció de buen agüero para el éxito de su viaje. Después, satisfecho de su comportamiento en Meung, sin remordimientos por lo pasado, confiando en lo presente, y con buenas esperanzas para lo por venir, se acostó y se durmió con el sueño de los valientes. Este sueño, muy provinciano todavía, se prolongó hasta las nueve de la mañana, hora en que se levantó para ir a casa del señor de Treville, la tercera notabilidad del reino, según juicio del señor de Artagnan padre. II LA ANTECÁMARA DEL SEÑOR DE TREVILLE El señor de Troisville, como se llamaba aún su familia en Gascuña, o de Treville, como se hacía él llamar en París, había empezado en realidad como Artagnan, es decir, sin un céntimo en el bolsillo, pero con ese fondo de audacia, de ánimo y de entendimiento que hace que, el más pobre hidalguelo gascón se forje la ilusión de recibir mayor herencia paterna que la que en realidad recibe el más acaudalado noble del Bearn o del Perigord. Su insolente bravura y su suerte, más insolente aún en un tiempo en que las estocadas llovían como granizo, habíanle encumbrado a lo alto de aquella difícil escala que se llama favor de la corte, cuyos peldaños había subido de cuatro en cuatro. Era amigo del rey, que, como todos saben, honraba sobremanera la memoria de su padre Enrique IV. El padre del señor de Treville había servido a éste con tanta fidelidad en sus guerras contra la Liga, que, a falta de dinero contante (cosa de que siempre careció el bearnés, pues sólo pagaba

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

sus deudas con lo único que no necesitaba tomar prestado, que era el ingenio), le autorizó, en recompensa, después de la rendición de París, para tomar como escudo de armas un león de oro en campo de gules con esta divisa: fidelis et fortis. Esto era, sin duda alguna, muy honorífico, pero en nada aumentaba su fortuna. Así, que cuando murió el ilustre compañero de Enrique IV, dejó a su hijo por única herencia su espada y su divisa. Gracias a ambas cosas, y también al nombre sin mancha que llevaba, fue bien recibido el señor de Treville en el palacio del joven príncipe, donde supo servirse con tal maña de su espada y ser tan fiel a su divisa, que Luis XIII, una de las primeras espadas del reino, solía decir, que si un amigo suyo tuviera que batirse, le aconsejaría que le tomase por padrino primero a él, y después al señor de Treville, y aun quizá concediese a éste la preferencia. Así, pues, Luis XIII sentía una afectuosa inclinación por Treville, afecto de rey, afecto egoísta, si se quiere; pero que no por eso dejaba de ser afecto. En aquellos calamitosos tiempos eran muy buscados los hombres del temple de Treville. Muchos había que podían adoptar como divisa el epíteto de fuerte, que formaba la segunda parte de su inscripción: pero pocos caballeros podían reclamar el de fiel, que formaba la primera. Treville era de los últimos: uno de esos raros casos de inteligencia obediente como la de un perro, valor a toda prueba, vista rápida y acción pronta; un hombre a quien sólo se le habían concedido ojos para ver si el rey estaba descontento de alguno, y la mano, para herir a éste. A Treville le había faltado hasta entonces la ocasión; pero no dejaba de acecharla, y se prometió asirla por los cabellos si se ponía alguna a su alcance. Así, Luis XIII hizo a Treville capitán de sus mosqueteros, los cuales eran para el rey, en punto a adhesión, o más bien a fanatismo, lo que sus regulares para Enrique III, o lo que su guardia escocesa para Luis XI. Por su parte, el cardenal no le iba en zaga al rey en este punto. En cuanto vio la formidable y escogida guardia de que Luis XIII se rodeaba, este segundo, o mejor dicho, primer rey de Francia, quiso también tener la suya. Tuvo, pues, sus mosqueteros, lo mismo que Luis XIII, y estas dos potencias rivales reclutaban para su servicio, de todas las provincias del reino, y aun de los Estados extranjeros, los hombres a quienes había hecho célebres la punta de su espada. Así sucedía que Richelieu y Luis XIII disputaban con frecuencia, cuando jugaban su partida de ajedrez, sobre el mérito de sus respectivos servidores. Cada cual encomiaba a porfía el porte y el valor de sus soldados, y declarándose ambos en público contra los duelos y los desafíos, excitaban a aquéllos secretamente a que vinieran a las manos, recibiendo un vivo placer o un verdadero, pesar con el triunfo o la derrota de los suyos. Así lo dicen, al menos, las Memorias de un hombre que sufrió algunas de aquellas derrotas y que obtuvo muchas de aquellas victorias. Treville, que había sabido encontrar el flaco de su amo, y a cuya circunstancia debió el constante favor de un rey que no ha dejado fama de ser muy fiel con sus amistades, formaba en orden de parada a sus mosqueteros, ante el cardenal Armando Duplessis, con un aire burlón que hacía erizar de rabia los bigotes canos de Su Eminencia. Treville entendía perfectamente la vida militar de aquel tiempo, en el que, cuando no se vivía a expensas del enemigo, se hacía a costa de los compatriotas; sus soldados formaban, pues, una legión de diablos, indisciplinada, para cualquier otro que no fuera él. Desaliñados, ebrios, desollados, los mosqueteros del rey o, más bien, los del señor de Treville, pululaban por las tabernas, por los paseos y por los juegos públicos, vociferando, retorciéndose los mostachos, haciendo sonar sus espadas, chocando adrede con los guardias del cardenal cuando los encontraban al paso, y, por último, tirando de la espada en medio de la calle, acción que acompañaban con mil cuchufletas. A veces, en estas hazañas, perdía algún mosquetero la vida; pero podía estar seguro de que no dejaría de ser llorado y vengado: otras, y esto sucedía con más frecuencia, eran ellos los que mataban, y entonces sabían que no se enmohecerían en la prisión, pues el señor de Treville estaba allí para reclamarlos. Por tanto, el señor de Treville se veía elogiado en todos los tonos, cantado en todas las gamas, por aquellos hombres que le adoraban, y que, aunque eran gente de armas tomar, temblaban en su presencia como los niños en la del maestro, obedecían a la menor señal sus mandatos y se mostraban dispuestos a dejarse matar para reparar la más leve reconvención. Servíase Treville de aquella poderosa palanca, primero en favor del rey y de los amigos del rey, y después, en provecho propio y de sus amigos. Por lo demás, en ninguna de las Memorias de una época que ha dejado tantas, aparece que este digno caballero fuera acusado por sus enemigos (a pesar de tenerlos muy numerosos, así entre la gente de pluma como entre la de espada), de haberse hecho pagar, la cooperación de sus secuaces. Con tina disposición particular para la intriga, que le igualaba con los más hábiles cortesanos, había sabido conservar intacta su honradez. Más aún: a pesar de las grandes estocadas que derrengan y de los penosos ejercicios que fatigan, había llegado a ser uno de los almibarados galanes de la época, y hablábase de las conquistas amorosas

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

de Treville como veinte años antes de la de Basompierre, lo cual no es poco decir. Así, pues, el capitán de los mosqueteros era admirado, temido y amado, que es lo que constituye el apogeo de las fortunas humanas. Luis XIV absorbió, con su vasta irradiación, todos los astros menores de su corte, pero su padre, sol pluribus impar, dejó brillar a cada uno de sus favoritos con su resplandor personal, y a cada uno de sus cortesanos, con su propio valor. No eran el rey y el cardenal los únicos a quienes una multitud de pretendientes esperaban a que se levantasen de la cama para que les diesen audiencia, pues había entonces en París más de doscientas personas que a aquella hora tenían también su pequeña corte, y el señor de Treville era uno de los más solicitados. El patio de su hotel, situado en la calle del Vieux-Colombier, parecía un campamento, especialmente desde las seis de la mañana en verano y desde las ocho en invierno. Cincuenta o sesenta mosqueteros, que parecían relevarse continuamente para dar la sensación de su imponente número, se paseaban sin cesar, armados de pies a cabeza y dispuestos a todo. A lo largo de una de aquellas magníficas escaleras, sobre cuyo emplazamiento edificaría nuestra civilización una casa entera, subían y bajaban los pretendientes de París que solicitaban algún favor, los hidalgos de provincias, deseosos de alistarse, y los lacayos de variadas libreas que llevaban al señor de Treville los mensajes de sus respectivos amos. En la antecámara, y en largas banquetas circulares, se hallaban sentados los escogidos, es decir, los que habían sido citados. Desde la mañana hasta la noche se oía allí un continuo murmullo, mientras Treville, en su gabinete, contiguo a dicha antecámara, recibía las visitas, escuchaba quejas, daba órdenes, y, como el rey en su balcón del Louvre, no tenía más que asomarse a su ventana para pasar revista de hombres y armas. El día que se presentó Artagnan, la concurrencia era imponente, sobre todo para uno que acaba de llegar de su provincia. Verdad es que este provinciano era gascón, y que, especialmente en aquella época, los paisanos de Artagnan tenían fama de no intimidarse así como así. En efecto, franqueada la puerta, cuyas hojas estaban tachonadas de clavos de cabeza cuadrada, veíase una multitud de hombres de armas que se cruzaban en el patio, disputando, riendo o jugando entre ellos. Para abrirse paso entre aquellas olas turbulentas, era preciso ser oficial, gran señor o mujer guapa. Por entre tal confusión y desorden se adelantó nuestro joven con el corazón palpitante, la tizona a lo largo de sus flacas piernas, una mano en el ala de su fieltro, y esa ligera sonrisa de provinciano confuso que quiere adoptar un buen continente. Cuando lograba atravesar un grupo, le parecía respirar con más libertad, pero comprendía que todos volvían para mirarle, y por primera vez en su vida, Artagnan, que hasta entonces tenía formado un buen concepto de sí mismo, se consideró ridículo. En la escalera fue todavía peor: hallábanse en el primer tramo cuatro mosqueteros que se divertían del modo que ahora diremos, mientras otros diez o doce camaradas esperaban en el rellano que les llegase el turno de ocupar su sitio en la partida. Colocado uno de ellos en el peldaño superior, con la espada desnuda en la mano, impedía, o se esforzaba al menos en impedir que los otros tres subieran. Estos esgrimían hábilmente contra él sus espadas, que al pronto tomó Artagnan por floreates de esgrima con botón en la punta; pero pronto comprendió, por ciertos rasguños, que las armas estaban bien afiladas, tanto por el corte como por la punta, y a cada rasguño, no sólo los espectadores, sino los mismos actores, reían como locos. El que a la sazón ocupaba el peldaño, contenía maravillosamente a sus contrarios. Formábase círculo alrededor de ellos. Era condición precisa que quien resultase tocado cedería su turno para la audiencia en beneficio del tocador. En cinco minutos fue rozados tres: uno, en la muñeca; otro, en la barba, y el tercero, en la oreja, por el defensor del peldaño que no había sido alcanzado aún, destreza que, según el pacto convenido, le favoreció en tres turnos. Aquel pasatiempo asombró a nuestro joven viajero. Había visto en su provincia (donde, no obstante, se caldeaban enseguida las cabezas) algunos preliminares más en los duelos, y la gasconada de aquellas cuatro jugadores le pareció la mayor de cuantas había visto hasta entonces, incluso en Gascuña. Creyóse transportado al famoso país de los gigantes, donde Gulliver fue después y tuvo tanto miedo; sin embargo, no estaba más que al principio; aún faltaba el rellano y la antecámara. En el rellano no se batían, se contaban historias de mujeres, y en la antecámara, intrigas cortesanas. En el rellano enrojeció Artagnan; en la antecámara estremeciósese. Su imaginación despierta y errabunda, que en Gascuña le hacía temible para las doncellas de las grandes señoras y a veces para estas últimas, no había soñado jamás, ni aun en sus momentos de delirio, con la mitad de aquellos prodigios amorosos, ni con la cuarta parte de aquellas proezas galantes, realizadas con los nombres más conocidos y los detalles menos velados. Si en el rellano sintió ofendido su amor a las buenas costumbres, su respeto por el cardenal se escandalizó en la antecámara. Allí, con gran asombro suyo, oía Artagnan criticar en voz alta la política que hacía temblar a Europa y la vida privada del cardenal, vida que el

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

solo intento de profundizar en ella había sido causa suficiente para que muchos altos y poderosos señores fuesen castigados. Aquel hombre ilustre, acatado por el padre de Artagnan, servía de burla y escarnio a los mosqueteros de Treville, que se mofaban de sus piernas zambas y de su espalda encorvada; unos entonaban villancicos acerca de la señora de Aiguillon, su amante, y de la señora de Combalet, su sobrina, mientras otros murmuraban contra los pajes y los guardias del cardenalduque, cosas todas que a Artagnan le parecían monstruosas imposibilidades. Sin embargo, cuando el nombre del rey mezclábase igualmente en estas chanzas cardenalcias, una especie de mordaza cerraba por un momento aquellas bocas burlonas, y todos miraban a su alrededor, como si temiesen alguna indiscreción del tabique que los separaba del gabinete del señor de Treville; más pronto una alusión a Su Eminencia volvía a hacerle tema de la conversación, y se repetían las risas con mayor estrépito, sin perdonar la crítica ni aun la menor de sus acciones. —He aquí unas gentes que seguramente serán presas y ahorcadas — pensó Artagnan con terror—, y sin duda yo con ellas, pues desde el momento en que las he escuchado, me tendrán por su cómplice. ¿Qué diría mi padre, que tanto me encargó el respeto al cardenal, si me supiera en unión de semejantes paganos? Ya se presumirá, sin que lo digamos, que Artagnan no osaba intervenir en la conversación; limitábase a ser todo ojos para ver y todo oídos para escuchar, aguzando ávidamente sus cinco sentidos para no perder nada, y a pesar de su confianza en las recomendaciones paternas, sentíase inclinado por sus gustos y arrastrado por sus instintos a elogiar, más bien que a desaprobare, las cosas inauditas que ocurrían allí. Como era absolutamente ajeno a la turba de cortesanos del señor de Treville, y era aquélla la primera vez que le veían en aquel sitio, le preguntaron qué se le ofrecía. Pronunció Artagnan su nombre con la mayor humildad, apoyóse en el título de compatriota y rogó al ayuda de cámara que le dirigía la palabra que pidiese al señor de Treville un momento de audiencia para él, petición que aquél, con tono protector, le prometió transmitir en su tiempo y lugar. Artagnan, vuelto algún tanto de su primera sorpresa, quedó en libertad para examinar los trajes y las fisonomías. En el centro del grupo más animado se hallaba un mosquetero de elevada estatura, de aspecto altivo y vestido de tan extraño modo, que llamaba la atención general. No llevaba a la sazón la casaca de uniforme, que, por lo demás, no era absolutamente obligatoria en aquella época de menos libertad pero mayor independencia, sino un justillo color azul celeste, algo usado, sobre el que llevaba un magnífico tahalí bordado de oro que refulgía como el agua en un día de sol. Una capa larga de terciopelo carmesí le caía graciosamente sobre los hombros, dejando ver sólo por delante el resplandeciente tahalí, del cual pendía una espada gigantesca. Este mosquetero acababa de salir de guardia en aquel mismo instante y se quejaba de haberse constipado, por lo cual tosía de vez en cuando con afectación. Por eso se había puesto la capa, según decía a los que le rodeaban; y mientras hablaba con el mayor desenfado, atusándose desdeñosamente el bigote, admiraban los demás el dorado tahalí, sobre todo Artagnan. —¿Qué queréis? —decía el mosquetero—. La moda lo exige: es una locura, ya lo sé, pero es la moda. Además, en algo ha de emplear uno el dinero de su legítima. —¡Ah! ¡Porthos! —exclamó uno de los concurrentes. No intentes hacernos creer que ese tahalí procede de la generosidad paterna: te lo habrá regalado la dama velada con quien te encontré el domingo último hacia la puerta de San Honorato. —No, por mi honor y a fe de caballero, lo he comprado yo mismo y con mi propio dinero —respondió el que acababa de ser llamado por el nombre de Porthos. —Sí —dijo otro mosquetero—; lo mismo que yo he comprado esta bolsa nueva con lo que mi amante había puesto en la vieja. —Así es —dijo Porthos—, y lo prueba el que me haya costado doce doblas. La admiración creció de todo punto, aun cuando la duda no se disipó enteramente. —¿No es verdad, Aramis? —añadió Porthos interrogando a otro mosquetero. Este otro mosquetero, que había sido designado con el nombre de Aramis, contrastaba definitivamente con el que le preguntaba. Era un joven que tendría apenas veintidós o veintitrés años, de fisonomía cándida y afable, ojos negros y dulces, rosadas mejillas, aterciopeladas a manera de melocotón de otoño; sus finos bigotes dibujaban una línea recta sobre el labio superior; tenía las manos levantadas casi siempre, por miedo, sin duda, de que se le hincharan las venas, y de vez en cuando se pellizcaba la extremidad de las orejas, para conservarlas de color pálido y transparente. Solía hablar muy poco y con lentitud: saludaba con frecuencia, y reía sin estrépito, enseñando los dientes, que eran por cierto muy bellos, y de los que, así como del resto de su persona, parecía tener sumo cuidado. Este joven contestó a la interpelación de su amigo con un signo afirmativo. Esta señal desvaneció, al parecer, las dudas relativas al tahalí, que continuó siendo objeto de la atención general, aunque no se volvió a hablar de él; pero por uno de aquellos giros rápidos de la mente, llevó la conversación a otro asunto. —¿Y qué pensáis de lo que dice el escudero de Chalais? —preguntó un

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

mosquetero, sin dirigir sus palabras a ninguno en particular, sino más bien a todos juntos. —¿Y qué dice ese señor? —preguntó Porthos con aire de importancia. —Dice que ha encontrado en Bruselas a Rochefort, el alma condenada del cardenal, disfrazado de capuchino: ese maldito Rochefort, gracias a su disfraz, supo jugársela al señor de Laigues como a un pobre necio que es. —Necio en toda la extensión de la palabra —dijo Porthos—; pero ¿es cierto? —Yo lo sé por Aramis —repuso el mosquetero. —¿De veras? —¿Pues no lo sabéis, Porthos? —dijo Aramis—. Ayer mismo os lo conté; y no creo que se deba hablar más de eso. —¡No hablar más de eso! Siempre opináis, lo mismo —replicó Porthos—. ¡No hablar más de eso! ¡Diantre, y qué pronto concluís! ¡Después que el cardenal hace espiar a un caballero, le roba su correspondencia por medio de un traidor, de un ladrón, de un tunante, y a consecuencia de ese espía y de esa correspondencia, manda cortar la cabeza a Chalais con el ridículo pretexto de que intentaba matar al rey y casar al hermano de éste con la reina! Nadie sabía una palabra de semejante enigma, que ayer nos descubristeis, con gran admiración nuestra, y cuando todavía nos dura el asombro que nos causó la noticia, venís diciendo ahora: ¡No hablemos más de eso! —Hablemos, pues, ya que así lo queréis —repuso Aramis con calma. —¡Rochefort! —exclamó Porthos—. Si fuese yo escudero de Chalais, ya le haría pasar un mal rato. —¿Y vos? Vos pasaríais un cuarto de hora bien triste con el duque Rojo. —¡El duque Rojo! Bien, ¡bien por el duque Rojo! —exclamó Porthos, dando palmadas y moviendo la cabeza en señal de aprobación—. El duque Rojo es una ocurrencia feliz que procuraré divulgar por todas partes, querido. ¡Vaya si es agudo este Aramis! Lástima que no hayáis podido seguir vuestra vocación, porque hubierais hecho un clérigo delicioso. —Quizá no se tarde mucho tiempo, porque algún día pienso serlo. Bien sabéis, Porthos, que continúo estudiando teología. —Y lo hará como lo dice —repuso Porthos—; lo hará tarde o temprano. —Pronto —dijo Aramis. —No aguarda más que una cosa, para decidirse enteramente y volver a tomar la sotana que tiene colgada detrás del uniforme —dijo un mosquetero. —¿Y qué es lo que aguarda? —preguntó otro. —Aguarda a que la reina dé un heredero a la corona de Francia. —Bromas a un lado sobre ese punto, caballeros —dijo Porthos—; a Dios gracias, la reina se halla todavía en estado de poderlo dar. —Dícese que Buckingham está en Francia —repuso Aramis con una risa socarrona, que daba a esta frase, tan sencilla en apariencia, una significación un tanto escandalosa. —Amigo Aramis, esta vez os habéis excedido —interrumpió Porthos —, y la manía de lucir vuestro ingenio os lleva siempre más allá de lo que es regular; si el señor de Treville os oyera, os arrepentiríais, quizá, de hablar así. —¿Queréis darme una lección, Porthos? —replicó Aramis, cuya mirada, naturalmente dulce, se animó como un relámpago. —Querido, sed mosquetero o clérigo, una cosa u otra; pero no ambas a la vez —repuso Porthos—. Mirad, ya os dijo Athos el otro día que estáis comiendo a dos carrillos. ¡Vaya! No nos incomodemos, porque sería inútil, y ya sabéis lo que tenemos convenido entre vos, Athos y yo. Concurrís a casa de madama de Aiguillon y le hacéis la corte; concurrís a casa de madama de Bois-Tracy, la prima de madama de Chevreuse, y es fama que sois muy bien recibido por aquella señora. ¡Vamos! Nadie os pide que confeséis vuestra dicha ni descubráis vuestro secreto: ya sabemos que la discreción es una de vuestras principales dotes. Pero ya que poseéis esa virtud, ¡qué diablo! Haced uso de ella para con Su Majestad. Decid lo que os parezca, y cómo os parezca, del rey y del cardenal; pero la persona de la reina es sagrada, y si se habla de ella, que sea para bien. —Porthos, sois tan presumido como Narciso, os lo prevengo —continuó Aramis—; ya sabéis que detesto la moral, cuando no la oigo de boca de Athos. En cuanto a vos, querido, lleváis un tahalí demasiado brillante para que podáis hablar sobre el particular. Por mi parte, podré ser, con el tiempo, clérigo, si me acomoda, pero entre tanto soy mosquetero, y como tal digo lo que se me antoja. Así que, de momento, lo que se me antoja deciros es que me vais apurando la paciencia. —¡Aramis! —¡Porthos! —¡Vamos, señores, vamos! —exclamaron los demás. —El señor de Treville espera al señor de Artagnan —interrumpió el lacayo abriendo la puerta del gabinete. A este anuncio, durante el cual permaneció la puerta abierta, todos callaron, y el joven gascón cruzó, en medio del silencio general, parte de la antecámara y entró en el despacho del capitán de los mosqueteros, felicitándose de todo corazón por librarse tan a tiempo de la conclusión de aquella extraña disputa. III LA AUDIENCIA El señor de Treville se hallaba a la sazón de muy mal humor: sin embargo, saludó cortésmente al joven, que se inclinó hasta el suelo, y se sonrió al recibir su cumplimento, cuyo acento bearnés le recordó a la vez su adolescencia y su país, doble recuerdo que agrada siempre al hombre en toda edad. Pero acercándose casi al mismo tiempo a la antecámara y haciendo a Artagnan una seña con la mano, como pidiéndole permiso para terminar con los demás antes de empezar con él, llamó tres veces consecutivas, alzando en cada una la voz, de modo que recorrió todos

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

los tonos desde el imperativo hasta el de la irritación. —¡Athos! ¡Porthos! ¡Aramis! Los dos mosqueteros con quienes hemos entablado ya conocimiento y que respondían a los dos últimos de aquellos tres nombres, dejaron inmediatamente los grupos de que formaban parte y se adelantaron hacia el gabinete, cuya puerta se cerró tras ellos así que traspasaron el umbral. Su continente, a pesar de no manifestar una tranquilidad completa, excitó, por los modales llenos a la vez de dignidad y sumisión, la admiración de Artagnan, que veía en aquellos hombres unos semidioses y en su jefe un Júpiter Olímpico armado de todos sus rayos. Cuando los dos mosqueteros hubieron entrado y se cerró la puerta detrás de ellos, y el murmullo de la antecámara, al que el llamamiento que acababa de hacerse había lado sin duda nuevo pábulo, volvió a dejarse sentir; cuando, en fin, el señor de Treville hubo medido tres o cuatro veces, con aire y fruncidas las cejas, toda la longitud de su gabinete, pasando cada vez por delante de Porthos y Aramis, que se hallaban mudos y firmes como en la parada, se detuvo repentinamente en presencia de aquéllos, y mirándolos de pies a cabeza, con aspecto irritado: —¿Sabéis —exclamó— lo que me ha dicho el rey ayer tarde mismo? ¿Lo sabéis, caballeros? —No —respondieron después de un momento de silencio los dos mosqueteros—, no señor; lo ignoramos. —Pero creo que tendréis la bondad de decírnoslo —añadió Aramis en el tono más cortés y haciendo una graciosa reverencia. —Me ha dicho que en adelante reclutaría sus mosqueteros de entre los guardias del cardenal. —¡Entre los guardias del cardenal! ¿Y cómo es eso? —preguntó con viveza Porthos. —Porque vio muy bien que su aguapié necesitaba mejorarse con una mezcla de buen vino. Los dos mosqueteros se sonrojaron hasta lo blanco los ojos; Artagnan no sabía dónde estaba y hubiera querido hallarse a cien pies bajo tierra. —Sí, sí —siguió diciendo el señor de Treville—; porque, a fe mía, es muy cierto que los mosqueteros hacen un triste papel en la corte. El cardenal contaba ayer, mientras jugaba con el rey, con un aire de compasión que me desagradó en extremo, que anteayer, esos condenados mosqueteros, esos diablos encarnados (y apoyaba estas palabras con un acento irónico que me desagradó todavía más), esos fanfarrones (añadía mirándome con sus ojos de tigre), se hallaban a deshora en una taberna de la calle de Ferou, y que una ronda de sus guardias si iba ya a reírse en mis barbas, se había visto obligaba a arrestar a los perturbadores. A fe mía que debéis de saber algo de eso. ¡Arrestar a los mosqueteros! Vosotros os hallabais entre ellos; no me lo neguéis, pues os han reconocido y el cardenal os ha nombrado. Esto es culpa mía, sí, culpa mía, puesto que yo soy el que elijo mis guardias. Veamos, Aramis, ¿por qué diablos me habéis pedido la casaca cuando podíais estar mejor con la sotana? Y vos, Porthos, ¿no tenéis ese hermoso tahalí de oro sino para colgar de él una espada de paja? —¿Y Athos? No le veo; ¿dónde está? —Está enfermo, señor; muy enfermo. —¿Muy enfermo, decís?, ¿pues qué tiene? —Se teme que sean viruelas, señor —respondió Porthos, queriendo terciar a su vez en la conversación—; lo cual sería una desgracia, porque desfigurarían enteramente su rostro. —¡Viruelas! ¡Vaya un cuento gracioso, Porthos! ¡Enfermo de viruelas a su edad! No: habrá sido herido, o tal vez muerto. ¡Ah!, ¡como llegue a saberlo!... ¡Voto al diablo! Señores mosqueteros, no quiero que se frecuenten de ese modo los malos lugares, que se traben disputas en la calle y que se crucen los aceros en las encrucijadas. No quiero, en fin, que se dé motivo de risa a los guardias del cardenal, que son valientes, pacíficos, exactos y no se ponen jamás en el caso de ser arrestados, cosa que ellos por otra parte nunca tolerarían, estoy seguro de ello. Preferirían morir en el sitio a retroceder un paso. ¡Hurtar el cuerpo! ¡Escapar! Eso queda para los mosqueteros del rey. Porthos y Aramis temblaban de coraje. De buena gana hubieran ahogado al señor de Treville, si en medio de todo no estuvieran persuadidos de que el gran cariño que les profesaba era el que le hacía hablar así. Golpeaban, no obstante, la alfombra con el pie, mordíanse los labios hasta hacerse sangre y apretaban con todas sus fuerzas las guarniciones de sus espadas. En la parte de afuera habían oído llamar como hemos dicho, a Athos, Porthos y Aramis, y no habían dejado de conocer en el acento del señor de Treville que éste se hallaba en extremo irritado. Diez curiosos habían apoyado sus cabezas en el tapiz y palidecían de furor, pues, sus oídos, pegados a la puerta, no perdían una sílaba de cuanto se decía, al paso que sus bocas iban repitiendo sucesivamente a los demás concurrentes de la antecámara las palabras insultantes del capitán. En un momento, desde la puerta del gabinete hasta la de la calle, todo se puso en conmoción. —¡Dejarse arrestar los mosqueteros del rey por los guardias del cardenal! —continuó el señor de Treville, recalcando sus palabras y clavándolas, por decirlo así, una a una, como otras tantas puñaladas en el corazón de sus oyentes—. ¡Arrestar seis guardias de Su Eminencia a seis mosqueteros de Su Majestad! ¡Voto a...! Ya tengo tomada mi resolución. En este momento voy al Louvre a presentar mi dimisión de capitán de los mosqueteros del rey y pedir una tenencia en los guardias del cardenal. Como me la nieguen me hago clérigo. A

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

estas palabras, el murmullo que reinaba fuera se convirtió en una explosión. Por todas partes no se oían más que juramentos y blasfemias. Las exclamaciones se cruzaban por los aires. Artagnan deseaba encontrar una cortina para ocultarse, y sentía una irresistible tentación de meterse debajo de la mesa. —Pues bien, mi capitán —dijo Porthos fuera de sí—; la verdad es que éramos, en efecto, seis contra seis; pero nos sorprendieron traidoramente y, antes de que tuviésemos tiempo para sacar las espadas, cayeron muertos dos de los nuestros, y Athos, gravemente herido, no estaba en disposición de poder hacer nada. Ya conocéis a Athos: pues bien, dos veces intentó levantarse y otras tantas cayó al suelo. A pesar de todo, no nos rendimos, no; nos tuvieron que llevar a la fuerza, y en el camino logramos escaparnos. En cuanto a Athos, creyéndole muerto, le dejaron tranquilamente en el campo de batalla, no juzgando que mereciese la pena de transportarlo. Eso es lo ocurrido. ¡Qué demonio, mi capitán! No siempre se ganan las batallas. El gran Pompeyo perdió la de Farsalia, y el rey Francisco I, que según he oído decir, valía tanto como aquél, perdió también la de Pavía. Por mi parte puedo aseguraros que maté a uno con su propia espada, porque la mía se había roto en el primer encuentro. —No sabía tanto —replicó el señor de Treville, en tono algo más templado—. El cardenal, según eso, ha exagerado mucho. —Pero, por favor, señor —replicó Aramis, quien viendo al capitán algo más apaciguado se atrevió a aventurar una súplica—; por favor, no digáis que Athos está herido, porque llegaría al colmo su desesperación si supiera que el rey había tenido noticia de ello; y como la herida es de gravedad, sería de temer... En aquel momento se abrió la puerta, y apareció en su hueco una cabeza noble y hermosa, pero pálida en extremo. —¡Athos! —exclamaron los dos mosqueteros. — ¡Athos! —repitió el mismo señor de Treville. —Habéis preguntado por mí —dijo Athos al señor de Treville con voz débil, pero tranquila—; habéis preguntado por mí, según me han dicho mis camaradas, y me apresuro a ponerme a vuestras órdenes. ¿Qué tenéis que mandarme? Y a estas palabras, el mosquetero, ataviado en toda regla y ajustado el vestido según su costumbre, entró con paso bastante firme en el gabinete. El señor de Treville conmovido en extremo con esta muestra de valor, se adelantó hacia el recién venido. —Decía a estos señores —añadió—, que prohíbo absolutamente a mis mosqueteros el que expongan su vida sin necesidad, porque el rey estima en mucho a los valientes, y sabe que sus mosqueteros son los hombres más valientes del mundo. La mano, Athos. Y sin aguardar a que el recién llegado correspondiese por sí mismo a esta prueba de afecto, le cogió el señor de Treville la mano derecha y se la apretó con todas sus fuerzas, sin advertir que Athos, por mucho imperio que tuviese sobre sí, refrenaba un movimiento de dolor y se ponía aún más pálido, cosa que parecía imposible. La puerta permanecía entreabierta, pues era grande la sensación que había producido la llegada de Athos, cuya herida, a pesar del secreto, había llegado a noticia de todos. Un grito unánime de satisfacción acogió las últimas palabras del capitán, y aparecieron dos o tres cabezas por entre las cortinas de la puerta. Indudablemente, el señor de Treville iba a reprender con palabras fuertes esta infracción a las leyes de la etiqueta, cuando sintió que la mano de Athos se crispaba repentinamente en la suya, y fijando en él la mirada, conoció que iba a desmayarse. Al mismo tiempo, Athos que había reunido todas sus fuerzas para luchar contra el dolor, sucumbió a la fuerza de él y cayó al suelo como muerto. —¡Un cirujano! —exclamó el señor de Treville—. ¡El mío, el del rey, el mejor! ¡Un cirujano! ¡Oh!, ¡voto al diablo! Mi valiente Athos se muere. A los gritos de Treville acudieron todos al gabinete sin que se pensara en cerrar la puerta a nadie y rodearon al herido con el mayor interés. Pero todo este cuidado hubiera sido inútil a no haberse hallado en el mismo palacio el médico que se buscaba. Atravesó éste la multitud, se acercó a Athos, que continuaba desmayado, y como le incomodase en extremo tanto ruido y agitación pidió, como lo primero y más urgente, que el mosquetero fuese transportado a una habitación inmediata. Acto continuo abrió el señor de Treville una puerta y mostró el camino a Porthos y a Aramis, los cuales condujeron en brazos a su compañero. Detrás de este grupo iba el cirujano, y detrás del cirujano se cerró la puerta. El gabinete del señor de Treville, lugar por lo general tan respetado, quedó convertido inmediatamente en una sucursal de la antecámara. Todos discurrían y peroraban, echando ternos y vomitando juramentos, y daban a todos los diablos al cardenal y sus guardias. Algunos instantes después, volvieron Porthos y Aramis, habiendo quedado solamente junto al herido el señor de Treville y el cirujano. Entró por fin el señor de Treville; el herido había recobrado el uso de sus sentidos, y el cirujano declaraba que el estado del mosquetero no ofrecía cuidado alguno a sus amigos, habiendo sido ocasionado únicamente su desmayo por la mucha pérdida de sangre. Hizo enseguida el señor de Treville una señal con la mano, y se retiraron todos, a excepción de Artagnan, que no había olvidado la audiencia ofrecida y que permanecía clavado en el mismo sitio con toda la tenacidad de un gascón. Después que todos se

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

marcharon cerrando tras sí la puerta, se volvió el señor de Treville y se encontró solo con nuestro joven. El acontecimiento que acababa de suceder le había hecho perder algún tanto el hilo de sus ideas. Informóse, pues, de lo que quería el obstinado pretendiente, y nombrándose entonces Artagnan trajo súbitamente a la memoria de Treville los recuerdos de lo pasado y de lo presente, y le puso al corriente de la situación. —Perdonad —le dijo sonriéndose—, perdonad, querido paisano; pero os había olvidado enteramente. ¡Qué queréis! Un capitán no es más que un padre de familia que tiene sobre sí mayor responsabilidad que la que pesa sobre los que realmente son padres de familia. Los soldados son niños ya crecidos; pero como mi obligación es que sean ejecutadas puntualmente las órdenes del rey y sobre todo las del cardenal... Artagnan no pudo contener una sonrisa. El señor de Treville conoció en esta sonrisa que no se las había con un tonto; así, pues, yendo derecho al grano, añadió, cambiando de conversación: —Mucho he querido a vuestro padre: ¿qué puedo hacer en favor de su hijo? Daos prisa que no es mío el tiempo. —Señor —dijo Artagnan—, al dejar a Tarbes para venir a París, me proponía pedirlos, en obsequio de aquella amistad cuyo recuerdo no habéis olvidado, una casaca de mosquetero; pero, después de lo que he visto en estas dos horas, he llegado a comprender que semejante favor sería demasiado grande, y temo no merecerlo. —Favor es, en efecto, joven —replicó el señor de Treville—; pero puede muy bien no ser tan difícil de conseguir como creéis o aparentáis creer. Por de pronto hay una determinación de Su Majestad que previene este caso, y os anuncio con pesar que no se recibe a nadie como mosquetero sin la prueba anticipada de algunas campañas, de algunos hechos gloriosos o de un servicio de dos años en cualquier otro regimiento de menos categoría que el nuestro. Artagnan se inclinó sin responder palabra, pues sentíase cada vez más deseoso de vestir el uniforme de mosquetero, conforme iba viendo mayores dificultades para conseguirlo. —Pero —siguió diciendo Treville, clavando en su paisano una mirada tan penetrante, que parecía querer leer hasta el fondo de su corazón—; pero en obsequio a vuestro padre, mi antiguo compañero, como os he dicho, quiero hacer algo por vos, joven. Nuestros segundones del Bearn no suelen ser muy ricos, y temo que las cosas no hayan variado mucho desde mi salida de la provincia. No debéis de tener para manteneros mucho tiempo con el dinero que habréis traído. Artagnan se cuadró con un aire de dignidad que parecía indicar que no venía a pedir una limosna. —Bien, joven, bien: conozco el carácter de mi provincia —continuó Treville—; yo llegué a París con cuatro escudos nada más en el bolsillo y me hubiera batido con el primero que me hubiese dicho que no me hallaba en estado de comprar el Louvre. Artagnan se irguió más todavía: gracias a la venta del caballo, principiaba su carrera con cuatro escudos más de los que tenía el señor de Treville al empezar la suya. —Os decía, pues, que necesitaréis conservar y economizar la cantidad que poseáis, por grande que sea; pero, al mismo tiempo, es preciso que os perfeccionéis en los ejercicios que convienen a un caballero. Hoy mismo escribiré una carta al director de la Academia Real, quien os admitirá desde mañana sin retribución alguna. No rehuséis este pequeño favor. Nuestros caballeros más ricos y mejor nacidos lo solicitan muchas veces sin poderlo conseguir. Aprenderéis la equitación, la esgrima y el baile; adquiriréis allí finos conocimientos, y de vez en cuando vendréis a darme parte de vuestros progresos, hasta que vea si puedo hacer por vos alguna cosa. Artagnan, a pesar de no hallarse muy enterado de los estilos de la corte, conoció la frialdad de este recibimiento. —¡Ah! —exclamó. ¡Cómo echo de menos la carta de recomendación que mi padre me había entregado para vos! —Efectivamente —respondió el señor de Treville—, me admira el que hayáis emprendido un viaje tan largo sin ese requisito obligado, único recurso que tenemos los bearneses. —Lo tenía, señor, y en toda regla —respondió Artagnan—; pero me lo han robado traidoramente. Y entonces contó la escena de Meung, describiendo al caballero desconocido con sus menores detalles y explicándose con un calor y una expresión de verdad que encantaron al señor de Treville. —¡Es extraño! —dijo este último algo pensativo—. ¿Según eso, hablasteis de mí en voz alta? —Sí, señor, indudablemente debí de cometer esa imprudencia; pero ¡qué queréis! Un nombre como el vuestro debía servirme de escudo en el camino, y ahora podéis juzgar si he abusado de él. La lisonja se hallaba entonces muy en boga, y al señor de Treville le agradaba el incienso como a un rey o a un cardenal. Así, que no pudo menos de sonreírse con muestras de satisfacción, sonrisa que desapareció muy pronto, por preocupar su imaginación, la aventura de Meung. —Decidme —continuó—, ¿tenía ese caballero una cicatriz en la mejilla? —Sí, como la haría la rozadura de una bala. —¿No era un hombre de buena presencia? —Sí, señor. —¿De elevada estatura? —Sí. —¿De rostro pálido y cabellos negros? —Exactamente. ¿Cómo?, ¿conocéis a ese hombre? ¡Oh!, ¡como alguna vez lo llegue a encontrar, y lo encontraré aun cuando sea en el infierno!... —¿Aguardaba a una mujer? —continuó Treville. —A lo

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

menos partió después de hablar un instante con la que esperaba. —¿Y no sabéis el objeto de su conversación? — El hombre le entregó una caja, diciéndole que ella contenía instrucciones y le encargaba que no la abriese hasta llegar a Londres. —¿Esa mujer era inglesa? —Él la llamaba milady. —¡Él es! —exclamó Treville—. ¡Él es! Yo le suponía aún en Bruselas. —¡Ah, señor! —repuso Artagnan—. Si sabéis quién es ese hombre, decídmelo por favor y dónde se halla, y os dejo libre hasta la promesa de darme una plaza en los mosqueteros, pues ante todo deseo vengarme. —¡Guardaos bien de ello, joven! —replicó Treville—. Antes al contrario, si le veis venir por una acera, pasaos a la otra y no choquéis contra semejante roca, que os desharía como cristal. —Eso no quita —prosiguió Artagnan— que si lo encuentro... —Entretanto no lo busquéis —replicó Treville— si estimáis en algo mi consejo. De repente, una sospecha vino a presentarse a la imaginación de Treville. Esa aversión profunda que manifestaba el joven viajero hacia aquel, hombre que, lo que era muy poco verosímil, le había robado la carta de su padre, esa aversión ¿no podía ocultar alguna perfidia? ¿No podría ese joven ser enviado por Su Eminencia con objeto de tenderle algún lazo? ¿No era fácil que fuese algún emisario del cardenal a quien tratara de introducir en su casa y colocar a su lado con el objeto de sorprender su confianza y perderle después, como se había hecho ya mil veces? Treville volvió a examinar a Artagnan con más atención todavía que la primera vez, y quedó medianamente tranquilizado al aspecto de aquella fisonomía en que se veía pintada una mezcla de astucia y de humildad afectada. —Bien sé que es gascón —decía para sí—; pero tanto puede serlo para el cardenal como para mí. Tratemos de probarle. Amigo mío —le dijo en tono grave—, como hijo de mi antiguo compañero, pues creo en todo la historia de la carta perdida, quiero, para reparar la frialdad que habéis notado en el recibimiento que os he hecho, ponerlos al corriente de los secretos de nuestra política. El rey y el cardenal son los mejores amigos del mundo: sus aparentes disensiones no sirven más que para engañar a todos. Lo que no puedo consentir es que un compatriota, un buen caballero, un valiente joven que ha nacido para ascender y hacer fortuna, sea juguete de todas esas intrigas y caiga inocentemente en el lazo en que se han enredado tantos otros. Tened bien presente que estoy enteramente consagrado a estos dos señores omnipotentes, y que mis acciones no tendrán jamás otro objeto que el mejor servicio del rey y del cardenal, uno de los genios más ilustres que Francia ha producido. Ahora, pues, joven, obrad con arreglo a esta advertencia; y si, bien por cosas de familia, bien por relaciones particulares, bien por instinto, conserváis contra el cardenal alguna de esas enemistades que vemos frecuentemente en nuestros caballeros, despedíos de mí y separémonos. Os serviré en otras mil ocasiones; pero no os podré tomar a mi servicio. De todos modos, espero que mi franqueza os hará mirarme como amigo, pues sois el único joven a quien hasta ahora he hablado con tanta ingenuidad. Treville pensaba de la manera siguiente: —Si el cardenal me ha enviado este zorro, no habrá dejado de decirle, puesto que sabe muy bien lo que le detesto, que el mejor medio de conquistarme es decirme mil pestes contra él: así que, a pesar de mis protestas, el astuto compadre me contestará seguramente que Su Eminencia le causa horror. Sucedió de muy distinto modo de lo que Treville se había figurado, pues Artagnan contestó con la mayor sencillez: —Señor, he llegado a París con esas mismas ideas. Mi padre me encargó que no sufriese cosa alguna a no ser del rey, del cardenal o de vos, que son para él las tres notabilidades de Francia. Artagnan añadía el nombre del señor de Treville a los otros dos, como se habrá advertido; pero él creía que esa adición no echaría a perder nada. —Por tanto —continuó—, profeso la mayor veneración por el cardenal y el mayor respeto por sus actos. Es una fortuna para mí, si me habláis, como habéis dicho, con franqueza; porque entonces creo que no dejaréis de apreciar la conformidad de mis ideas con las vuestras; pero si acaso habéis concebido alguna desconfianza, que por otra parte nada tendría de extraño, conozco que me pierdo con deciros la verdad; pero al menos habré adquirido un derecho a, vuestra estimación, que es lo que más deseo en este mundo. Treville se quedó en extremo sorprendido. Tanta penetración, unida a tanta franqueza, le causaba una grande admiración; pero no disipaba enteramente sus sospechas, pues cuanto más le parecía este joven superior a los otros, tanto más temible lo juzgaba si llegaba a engañarse. A pesar de todo, estrechó la mano a Artagnan y le dijo: —Sois un joven honrado, pero, por ahora, no puedo hacer en vuestro favor sino lo que os he ofrecido poco ha. Mi palacio estará abierto para vos a todas horas. Más adelante, puesto que tenéis ocasión de verme cuando gustéis, alcanzaréis tal vez lo que deseáis obtener. —Es decir, señor —repuso Artagnan—, que esperaréis a que yo me haga digno de ello. Pues bien, perded cuidado —añadió con toda la familiaridad gascona—: no os haré esperar mucho tiempo. Y diciendo esto, saludó con ánimo de retirarse, como si lo demás corriese sólo por su cuenta. —Esperad un poco —dijo el señor de Treville, deteniéndole—; os he

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso Aprobó: Rector	Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

ofrecido una carta para el director de la Academia. ¿Seréis tan orgulloso que no queráis aceptarla? —No, por cierto, señor, y os respondo de que no le sucederá a ésta lo que a la otra. Yo sabré guardarla de modo que llegue a su destino, os lo juro, ¡y desgraciado de aquel que intentara arrebátarmela! Treville se sonrió al oír esa fanfarronada, y dejando a su joven compatriota junto a la ventana, al lado de la cual habían tenido su conversación, sentóse a una mesa y se puso a escribir la carta de recomendación que había ofrecido. Durante este tiempo, Artagnan, que no tenía cosa mejor que hacer, se puso a tocar una marcha en los cristales con los dedos, mirando a los mosqueteros que se iban alejando unos tras otros y siguiéndolos con la vista hasta que desaparecían por la esquina de la calle. El señor de Treville, después de escribir la carta, la cerró, y levantándose, se acercó al joven para entregársela pero en el momento mismo en que Artagnan extendía la mano para tomarla, quedó Treville en extremo sorprendido al ver pintada en el rostro de aquél una expresión de sobresalto y que, montado en cólera, se lanzaba fuera del gabinete gritando: —¡Ah! ¡Voto al diablo! Esta vez no se me escapará. —¿Quién? —preguntó el señor de Treville. —El ladrón —contestó Artagnan—. ¡Ah traidor! Y desapareció como un relámpago. —¡Qué demonio de loco! —exclamó entre dientes el señor de Treville. ¡A menos que no sea esto una astucia para escurrir el bulto, viendo que le salió fallido el golpe!

	<i>Institución Educativa Benjamín Herrera</i> Aprobación de estudios Res.16309 del 27 de Nov. de 2002	REG-DC-SEA-06
	PLAN DE APOYO DE BÁSICA Y MEDIA	Versión 1
	Revisó: Líder de proceso	Aprobó: Rector Fecha de Aprobación del Formato: Enero de 2019

ACTIVIDADES O ACCIÓN SITUADA

Preguntas de comprensión lectora

1. ¿Qué tres regalos específicos le da el padre de D'Artagnan antes de partir y cuál es el consejo moral/filosófico que acompaña a estos obsequios?
2. ¿Por qué el color y el aspecto del caballo de D'Artagnan se convierten en el detonante de su primer gran conflicto en Meung? Explica la reacción de la gente.
3. ¿Cuál es la razón exacta por la que D'Artagnan no puede entregar su carta de recomendación al señor de Tréville en el capítulo 3?
4. Al llegar al hotel del señor de Tréville, D'Artagnan observa el comportamiento de los mosqueteros. ¿Qué contrastes nota entre la sumisión hacia Tréville y la arrogancia que muestran ante el resto de París?
5. ¿Qué motivó el enfrentamiento físico en Meung entre D'Artagnan y los sirvientes del "desconocido" (el caballero de Meung)? ¿Cómo termina ese altercado para el protagonista?
6. ¿Cómo se describe la situación política y la rivalidad de poder entre el Rey Luis XIII y el Cardenal Richelieu a través de las conversaciones en el cuartel de los mosqueteros?
7. ¿Qué revela el bálsamo milagroso que la madre de D'Artagnan le entrega sobre el origen y las costumbres de su familia en Gascuña?
8. En el capítulo 3, el señor de Tréville interroga duramente a dos de sus mosqueteros por un altercado reciente con la guardia del Cardenal. ¿Quiénes son estos mosqueteros y de qué se les acusa?
9. ¿Qué rasgos psicológicos y de personalidad demuestra D'Artagnan al reaccionar ante las burlas del caballero desconocido en Meung, y cómo esto anticipa su destino?
10. ¿Cómo utiliza Alejandro Dumas el concepto del "honor gascón" en estos tres primeros capítulos para justificar las acciones impulsivas del protagonista?
11. Realizar un ensayo de dos hojas donde exponga “la pobreza y la riqueza ”